



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11225

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extran-
jero.—Tres meses, 11 20 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 6 DE ABRIL DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CANDIDO

Tratamiento moderno
de las
enfermedades
crónicas y rebeldes

CONSULTORIO MEDICO

Centro general de vacunaciones

Horas de consulta
y consulta
de 9 á 11 de la mañana
y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas.—De ternera contra la viruela, antirrábica y contra las en-
fermedades de los ganados.

Sueros.—Normal, antitíférico, antituberculoso, antistreptococcico,
polivalente y artificial de Cheron.

Jugos orgánicos.—Aplicación para el método Brown Séquard por la
vía hipodérmica y por la vía gástrica.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se ex-
penden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéu-
ticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Para informes y pedidos al DOCTOR CANDIDO

MURALLA DEL MAR, 83

CARTAGENA

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

LOS PRISIONEROS

Después de ocho meses de in-
fructuosas tentativas para lograr la
libertad de los prisioneros de Agui-
naldo, nos encontramos como al
principio, sin que la cuestión se
resuelva ni esté en camino de re-
solverse. El gobierno español, las
Cámaras de Comercio, las Socie-
dades Económicas, la Cruz Roja,
los filipinos que viven en España,
las gestiones de algunos extran-
jeros, todos esos elementos, y al-
gunos más, han sumado sus inicia-
tivas generosas en beneficio de
nuestros compatriotas, sin resulta-
do alguno.

Del árbol caído todos hacen le-
ña y leña han tratado hacer de
nosotros Aguinaldo y Otis. El
primero, obrando sobre seguro, por
tener en rehenes millares de es-
pañoles, ha querido explotar el ne-
gocio que tenía entre manos. El
segundo, temiendo que el dinero
que tomara Aguinaldo se convir-

tierra en balas para matar yan-
kis, puso el veto al resate, ma-
tando en los prisioneros españo-
les la esperanza de recobrar la li-
bertad.

Y ha ocurrido lo que tenía que
ocurrir; los prisioneros se han des-
esperado; el presente les brinda
la hambre, miseria, sufrimientos;
el porvenir les ofrecía la vida del
esclavo redimido solo por la muer-
te. La patria les llamaba y se dis-
ponía á hacer para libertarlos sa-
crificios cuantiosos; pero el egois-
mo, surgiendo de repente, les con-
denaba á esclavitud perpetua.

Lo que ha ocurrido es lógico.
Desesperados los prisioneros, han
querido mejorar su suerte; y en
odio al egoismo que los sacrificaba,
han pedido plaza entre los filip-
inos para pelear contra el enemi-
go común.

¿Les duele eso á los yanquis? Es
muy natural; los españoles que
tiene Aguinaldo forman un ejérci-
to aguerrido, con oficiales y jefes
que llevan varios años de campa-
ña. El refuerzo que con él obtie-

nen los tagalos favorece á éstos
tanto como perjudica á los ame-
ricanos; pero los hijos del tío Sam
no tienen derecho á quejarse de lo
sucedido, porque ellos mismos em-
pujaron á los prisioneros á adop-
tar tan bélica actitud.

Pelean en favor de los indios,
se encuentran en libertad los es-
pañoles, los sufrimientos y malos
tratos cesan, desaparece el ham-
bre, no carecerán de asistencia fa-
cultativa si caen enfermos y al par
que recaban esas ventajas—que no
pueden apreciar en lo que valen
sino los que como ellos han care-
cido de ellas durante ocho meses,
—castigan como se merece la felo-
nía de los invasores, que no con-
tentos con haber arrebatado inno-
blemente á España su colonia, pre-
tenden sacrificar millares de sus
hijos.

Bienidos están con los tagalos
los prisioneros españoles. Cual-
quiera en su lugar hubiese hecho
lo mismo sin que le remordiera por
ello la conciencia.

Que Dios les favorezca y les sa-
que con bien del trance en que
los ha metido el egoismo de los
yanquis.

CANTARES

POR E. P. EGGA

Me levanto esta mañana
con indescriptible afán,
de cantarle varias coplas
á quien nunca he de olvidar.

De las coplas que te cante
la mejor separaremos
y á la puerta de tu casa
con placer repetiremos.

Diosas malas no conozco
ni muy feas, mas sí hermosas,
comparando me parecen
la más bella de las Diosas.

Pajaritos que pasaron
por el sitio en donde estoy
me dijeron que soñabas
y que te alegraron hoy.

Tienen tus divinos ojos
tanto fuego y no sé qué
que despiertan la atención
de un demonio si los vé.

Te contemplo hermosa mía
porque cuando te contemplo
creo que soy de los felices
en el mundo raro ejemplo.

El cariño que te tengo
es cariño verdadero,
como suelen ser y han sido
los cariños sin dinero.

No defiendas que no sufres
ni padeces padeciendo
leo en tus ojos lo contrario
de lo que me estás diciendo.



Abelardo de Carlos.

6 de Abril

Entre los españoles que más se han
distinguido por su actividad industrial
por su espíritu emprendedor, y al mis-
mo tiempo por su amor á la literatura, don
Abelardo de Carlos, fundador de la
«Ilustración Española y Americana» y
de «La Moda Elegante», ocupa prefe-
rente puesto.



Otros méritos ate-
soraba tan incansa-
ble y activísimo pa-
trio: el de haber
honrado á España en
el extranjero con sus
dos publicaciones, y
el de haberlas utili-
zado para estrechar
los lazos que nos unen

á nuestros hermanos de las repúblicas
hispano americanas, suavizando las as-
peras que dejaron las guerras sepa-
ratistas.

D. Abelardo de Carlos era gaditano—
había nacido en Cadiz el 3 de Noviem-
bre de 1822—y en su ciudad natal fué
donde comenzó á dar claras muestras
de lo mucho que podía esperarse de él.

fundando, en unión del literato D. Fran-
cisco Flores y Arenas, un modesto pe-
riódico de modas, más tarde convertido
en la tan esperada y leída «Moda Ele-
gante Ilustrada».

Hubo en tiempo en que Cádiz resultó
estrecho para el desarrollo de sus afic-
ones artísticas y literarias, y se trasladó
á Madrid, donde aquellas y su genio
empresador le llevaron á tomar parte
en empresas periodísticas, que dieron
por resultado la fundación de «La Ilus-
tración Española y Americana», colocan-
do en muy poco tiempo á la altura de
sus mejores similares del extranjero,
gracias al gusto de su propietario y
fundador, quien hasta la hora de su
muerte no tuvo otra preocupación que
observar las evoluciones de las publica-
ciones literarias y artísticas que volan
la luz en Francia, Italia, Inglaterra y
Alemania, para introducir en su «Ilus-
tración» y en su «Moda» los adelantos
que hablan de hacerlas conservar el ele-
vado puesto que ocupaban.

El 6 de Abril de 1884 le sorprendió la
muerte en la capital de España, cuando
contaba sesenta y dos años de edad, y
cuando aún su claro talento y su mu-
cha actividad prometían preciosos frutos.

Hernando de Acosta.

(Prohibida la reproducción.)

EL FINAL DE UN DRAMA

(PÁGINA PARA LA HISTORIA DEL TEATRO)

El timbre anunció que se levantaba
el telón para dar principio al tercero y
último acto.

Y llegó aquella escena, una de las
más hermosas de la obra, en que se-
ductor y seducida (Alvarez y Elvira)
tratan de explicarse, haciendo un viaje
retrospectivo por la historia de sus amo-
res criminales; la irresistible atracción,
la simpatía invencible que sentían el
uno hacia el otro y aquel cariño que
marchaba en crescendo, hasta el punto
de pensar en el crimen para despen-
darse de los obstáculos que impedían la
unión definitiva de los amantes.

Escena sublime, con una sublimidad
que lastimaba, que el público interrup-
pió diferentes veces con aplausos y
¡bravos!, y que Rodríguez escuchó ner-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 17

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 16

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 13

—He sido débil, muy débil, dijo Carlota; mi amor
hacia tí me ha hecho cometer una imprudencia: da-
me esos papeles, Ursula.

Ursula ganó la puerta, y dijo desde ella:

—Estos papeles son míos; estos papeles hacen de
mí una infanta: no permaneceré en esta casa, no:
se pretendería arrebatarle estas pruebas; yo podría
defenderlas de tí, pero no podría defenderlas de
Juan Diego: adios: cuando Juan Diego quiera evi-
tarlo, ya no será tiempo.

—Escucha, dijo Carlota, adelantando hacia ella.

—No, no me detendré ni un solo momento; puedo
venir Juan Diego, y entonces lo habría perdido todo
me vería de nuevo reducida á la situación de escla-
va: yo no soy ya Ursula Quilones; soy la infanta
doña Esperanza de Austria: he dejado de ser lo que
era, y no me veo reducida á usar de bajas intrigas,
para obtener por marido á un miserable, elevado
por malos servicios, á quien no he amado nunca, á
quien no podía amar.

—¿Que no amas á Mr. de la Chauxmeret?

—No.

—Parecías enamorada.

—Mentía, para que se me ayudasen á casarme con
él; pero adios: ha de venir Juan Diego.

—Una palabra: Juan Diego no sabe que yo tengo

llamo Ursula, y la contenida en este documento se
llama doña Esperanza.

—Lee, lee el otro papel, dijo Carlota.

VIII

Antes de concluirle de leer, Ursula lanzó un grito
de alegría.

—Aquí se indican, como señas de reconocimiento,
tres señales circulares en la espalda, hechas con
instrumento cortante; tres pequeños lunares negros
bajo el antebrazo derecho, y una señal natural, co-
mo cicatriz, en la parte exterior del talon izquierdo:
se dice que la doña Esperanza tiene el cabello y
los ojos negros: que es blanca: yo tengo todas esas
señales: yo soy doña Esperanza de Austria, infanta
de España reconocida por el rey su padre don Car-
los II, y recomendada á sus sucesores.

IX

Carlota se aterró.

Ursula, ó doña Esperanza de Austria, á la que se-
guiremos llamando Ursula, como un medio para la
claridad de nuestro relato, se había erguido con una
soberbia infanta: se había transformado.

Y Antolín salió.

VI

—Vendrá, Magdalena, vendrá, dijo Ursula; ven-
drá desesperado; tú no sabes cuanto me ama: será
capaz de arrostrar por todo.

—Pero ¿por qué amas tú tanto á ese hombre, hija
mía, si es un miserable? dijo Carlota.

—El amor es una locura que no deja lugar ni á
una vislumbre de razón: yo no sé lo que ese hombre
me ha dado, te lo aseguro; y si no he sido suya, ha
sido por temor de que me abandonase; pero si se
atreve á casarse conmigo, cuando yo le diga de quien
soy hija, entonces no me abandonará.

—Pero no sabes tú de quién eres hija.

—¡Hija de un rey!... dijo Ursula: una mentira de
que se ha valido mi padre para apartarme de estos
amores: por el momento lo creí, pero después he me-
ditado mucho; he pasado la noche en vela, y he sa-
bado por comprender que es increíble que la hija de
un rey hubiera ido á parar á las manos de un ver-
dugo; y luego, ¿quién era mi madre? ¿por qué no me
lo ha dicho? ¿por qué me ha asegurado que, res tam-
poco me lo diría? ¡ah! ya lo entiendo; porque mi madre
era la mujer del verdugo.